

Oralidad y teología en la santería cubana

Tato Quiñones

En una relectura de *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, disfruté otra vez con la siguiente anécdota, acaso ocurrida a principios del siglo que está por terminar.

Cuenta Ortiz que a Fabí, un babalao famoso de La Habana (capital), el alauó de todos ellos, un día estando comiendo con los demás babalaos y babalochas, después de la ceremonia anual del abbó oddún, le preguntaron acerca del odu de ifá que acababa de salir para el año nuevo, el odu llamado Odí, y aquel gran sacerdote africano se puso a relatar parábolas pertinentes a dicha «letra».

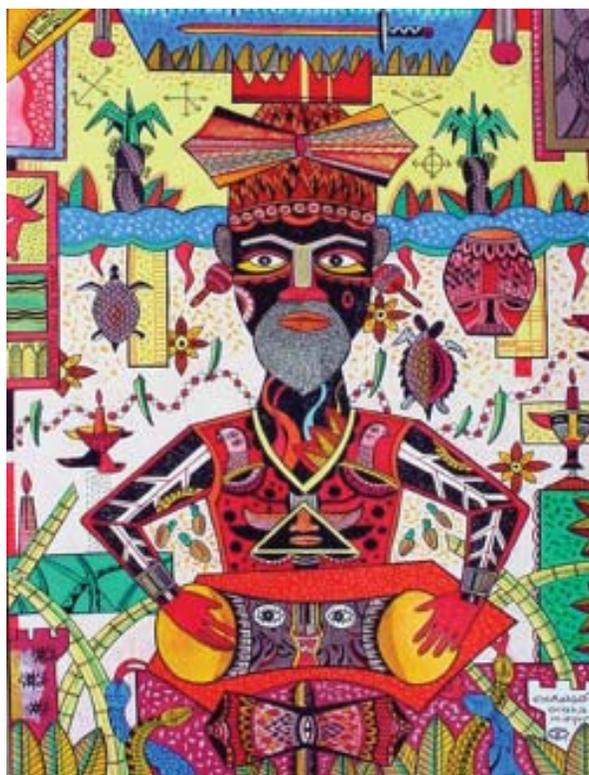
Fueron tales su erudición y entusiasmo que estuvo hablando toda la tarde y por toda la noche hasta aclarar el nuevo día.

Como él era el alauó, nadie podía levantarse de la mesa hasta que él no lo hiciera. Tronó, llovió a cántaros, nadie pudo volver a su casa y todos tuvieron que oírlo, hora tras hora, salvo los que se iban durmiendo. Tales fueron la profusión de parábolas e historias y la facundia de su narrador.

Fabí fue, probablemente, uno de los últimos babalaos africanos que oficiaron en Cuba y, por eso, uno de los últimos sacerdotes consagrados a Orula capaces de memorizar, uno tras otro, los miles de patakines o historias –narraciones de los tiempos antiguos de los orishas en África– que conforman el cuerpo literario de los odu de ifá.

A esta asombrosa capacidad de memorizar –hoy casi desaparecida en Cuba– se unía, por supuesto, el conocimiento cabal de la lengua yoruba, lengua que, según cuenta William Bascom, todavía en 1957 había cubanos capaces de hablarla coloquialmente y de elaborar en este idioma «respuestas llenas de sentido». Es posible.

Sin embargo, la tradición de oralidad que signó a las culturas africanas, propio de los pueblos ágrafos, habría sufrido ya en Cuba para esas fechas profun-



Changó FM, Elio Vilva

das modificaciones: la primera, el obligado reajuste que les impuso el choque con el espacio lingüístico del castellano, que Ortiz describe de la siguiente manera: «El negro africano, sacerdote acólito o iniciado que transmite al colector cubano sus sagradas oraciones ya en su misma mente tiene que hacer traducción de su texto original y ortodoxo, tal como fue fijado en su memoria, al lenguaje diverso del oyente, y esto sin pleno dominio de su vocabulario ni de su sintaxis, sino en su humildísima habla, a veces sin un previo hábito ni ensayo de conversación de ciertos vocablos análogos o de sentido convencional preceptado.»

Estas dificultades de transmisión, que a veces son insuperables y harto propensas al error, suelen agravarse por la actitud del comunicante, a veces impreparado y menos conocedor de lo que él se cree, pero siempre parco y medroso de revelar cosas sagradas y con frecuencia defendiéndose con la expresión entrecortada.

(...) Se comprende fácilmente que con tal serie de traducciones, para llegar desde la negra auditiva expresión africana a la blanca y sólo visiva del castellano escrito en Cuba, hayan de ser peligrosamente sobradas las ocasiones de traicionar el pensamiento primario, aparte de perder totalmente las formas primitivas de su estética sonora.

Lo anterior determinó que los babalaos, babalochas e iyalochas criollos, nacidos en la Isla y familiarizados desde la infancia con el idioma español, se ocuparan de poner por escrito el profuso repertorio de fábulas, mitos, parábolas, poemas, proverbios, así como encantamientos y procedimientos rituales que habían sobrevivido gracias a la transmisión oral, pero que no tardaron en hallar sólido asentamiento en los más antiguos cuadernos o «libretas» que hoy conocemos.

Estas «libretas», así como los llamamos «tratados» de Ifá, constituyen, en opinión de Rogelio Martínez Furé «uno de los medios más eficaces para la transmisión y divulgación de los ‘misterios sagrados’».

En el pasado, los «padrinos» se las prestaban a los «ahijados», es decir, los sacerdotes de más edad se las facilitaban a los más jóvenes, iniciados por ellos, si demostraban seriedad e interés «por las cosas de los santos». Y así sigue siendo con las «libretas» manuscritas más antiguas y de mayor valor.

Pero en los últimos años, escribe Martínez Furé en la década de 1960, no es extraño encontrar libretas escritas a máquina, mimeografiadas o hasta impresas en pequeñas imprentas de barrio.

Lydia Cabrera cuenta que uno de sus informantes, al que describe como un «escrupuloso hijo de santo», premiaba a algunos de sus discípulos con la lectura, en alta voz, de una viejísima libreta que guardaba celosamente, con la intensidad de que no les entraran las palabras por los ojos, sino por los oídos, porque escritas... ya no sonaban lo mismo.

No cabe duda, pues, que el camino que va desde la más pura oralidad hasta lo que Argeliers León llamó la «oralidad escrita», forma parte del largo y complejo trayecto que recorrió la religión de los orishas aplanada en la Isla en su proceso de «cubanización».

Las libretas de santería y los tratados de Ifá, transmitidos de generación en generación, copiados por nuevas y diferentes manos, en nuevos y diferentes

contextos socioculturales e históricos constituyen, además, el testimonio escrito de las incorporaciones y modificaciones que el pensamiento religioso yoruba ha experimentado en Cuba.

Por otra parte, se sabe que en África, entre los yorubas, la formación «profesional» de un sacerdote de Ifá dura de tres a siete años como mínimo. La etapa de estudio más importante para el babalao es precisamente el aprendizaje de memoria de un número de poemas o historias de cada uno de los 256 odu del oráculo de Ifá.

En la antigüedad, nadie podía ser respetado como buen babalao si no conocía al menos 16 historias por cada uno de los 256 odu, es decir cuatro mil 096 historias o poemas.

¿Y en Cuba?, ¿cómo es hoy ese proceso de formación sacerdotal en pleno boom de la santería, cuando se dice que sólo en la ciudad de La Habana han sido iniciados en el culto a Orula varios miles de nuevos sacerdotes de Ifá en los últimos siete u ocho años?

Sobre el tema conversé largo y tendido con el babalao habanero Julio Abreu (iniciado en 1989), quién además de sacerdote de Ifá, es santero (babalocha iniciado en el culto a Changó), masón y dignatario de una potencia abakuá. Negro de 50 años, veterano internacionalista en África y trabajador vanguardia del Sindicato Marítimo-Portuario, Julio me recibió una mañana de marzo de 1994 en su pequeño apartamento de microbrigada en el reparto Bahía, en la ribera este de la rada habanera.

Con él viven su mujer, dos hijas y un nieto apenas tres años entonces. La razón de mi visita no era otra que la de entrevistarle para el capítulo dedicado al *Oráculo de Ifá* de mi serie documental *Lucumí*, sobre la presencia y la influencia de la cultura cubana.

Pasamos a la pequeña habitación donde, además de la cama matrimonial, el escaparate «de corredera» y la cómoda con espejo clásicos, ocupan espacio el canastillero con los orishas -presidido por la espléndida sopera de Orula- y, junto a este, en el piso, Changó sobre su pilón, Eshu-Elegguá, Oggún, Ochosi, Olocún y otros «santos» de imprescindible pertenencia de un sacerdote de Ifá.

En un rincón, sobre una mesilla, se amontonan decenas de tratados de Ifá y otros textos de lectura recurrente para el babalao.

Todavía queda un reducido espacio donde el sacerdote extiende la estera sobre la que se sienta –la espalda recostada a la pared– a ejercer el secular oficio de intérprete del Oráculo de Ifá.

Julio sabe que en África el sacerdocio de Ifá constituye la culminación de un largo proceso que dura años, tiempo en que el sacerdote debe aprender todas las cuestiones referentes al ritual y, sobre todo, memorizar miles de historias, oraciones y cantos asociados a los signos adivinatorios del oráculo.

—Aquí no es así –me asegura–, aquí se llega ciego, sordo y mudo a Ifá. Sólo después que se realizan las ceremonias de consagración es que el neófito tiene acceso a lo que pudiéramos llamar la cartilla, el abecedario para el aprendizaje de la sabiduría de Ifá, que es tan vasta y profunda que no alcanzarían 100, ni 200 años de vida dedicados a su estudio para alcanzar a conocerla completamente. Por eso es que el babalao, mientras tenga vida y salud, debe estudiar Ifá incansablemente.

«Para mí, que trabajo en el puerto de La Habana y además tengo otras obligaciones religiosas, sociales y fraternales, el estudio de Ifá ha sido y es un verdadero sacrificio, robándole horas al sueño, sin cine, sin fiestas ni vacaciones. Quemándome las pestañas de madrugada en el aprendizaje de esa sabiduría que nos legaron nuestros antecesores.»

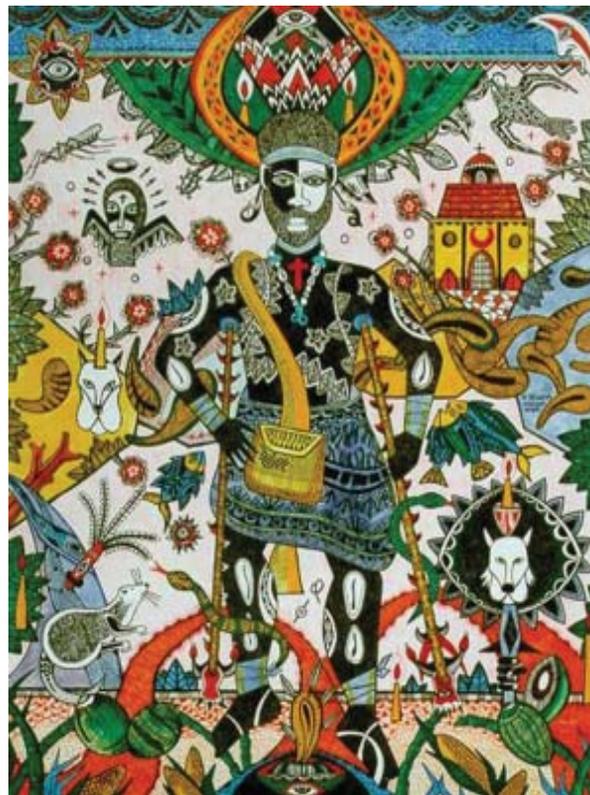
—¿Cuáles antecesores? –lo interrumpo.

—Los africanos que trajeron a Cuba esclavizados –me responde sin vacilación–, aquellos lucumíes a los que les decían analfabetos y salvajes, y tenían conocimientos de la vida, de la naturaleza y de los hombres como ya los hubieran querido tener quienes los esclavizaron.

Le comento entonces que en una entrevista reciente con el escritor Miguel Barnet, para este mismo documental, este me ha dicho que, en su opinión, la religión de los orishas se consolidó y creció en Cuba durante siglos, pero en este momento está creciendo de manera horizontal y hasta artificial.

La santería, opinó Barnet, está perdiendo, por diversas razones, incluido el snobismo, la esencia de lo que los practicantes llaman el fundamento, el fundamento de los viejos sacerdotes y sacerdotisas de esta religión, que eran verdaderos sabios.

Ahora Julio lo piensa antes de responder.



Babalú Ayé, Elio Vilva

—Algo hay de cierto en eso –admite por fin–. Posiblemente en los últimos años se han iniciado en Ocha y en Ifá más personas que en toda la historia anterior de Cuba. Y también es cierto que en todos los casos no lo han hecho con el debido respeto y conocimiento de los fundamentos, es verdad que no es poca la gente que ha profesado por contentilla, porque se ha puesto de moda o porque es signo de alto nivel económico, por no hablar, que los hay, de quienes lo han hecho por simple afán de lucro, como quien hace una inversión para después sacar ganancia.

«Eso, lamentablemente, ha ocurrido, y quizás sean esos los que se han puesto a inventar, a desvirtuar, a tergiversar los principios y los fundamentos de la religión, amparados en los pretextos de que ‘cada maestro tiene su librito’ y ‘en mi casa mando yo’, cuando aquí hay tradiciones, normas, preceptos y principios que hay que conocer y respetar.»

«Pero no es menos cierto que en estos años también se ha indicado en Ocha y en Ifá mucha gente seria, entre la que me cuento, y, lo que también es muy importante, numerosos profesionales e intelectuales, gente con formación universitaria: médicos, escritores, profesores, ingenieros, personas que están estudiando muy en serio, dedicando sus inteligencias y talentos a investigar, a esclarecer, a interpretar los fundamentos de la sabiduría que nos legaron nuestros mayores.»